

bre anterior Carlos había escrito al emperador dándole cuenta de la conspiración tramada por Fernando; en 8 de Noviembre le participó que le había perdonado; y no había obtenido respuesta. Por fin, en los primeros días de Diciembre le había escrito nuevamente sobre la idea de enlazar al príncipe de Asturias con alguna princesa de la familia imperial. A esto respondió Napoleón con cierta frialdad, que consentía. Pero al mismo tiempo, aglomeradas de antemano tropas en la frontera, mandó á sus generales que penetrasen en España, Moncey entra por Turin en 29 de Enero, y en 16 de Febrero se apoderan alevosamente de Pamplona. Duhesme penetra por la Junquera, entra en Barcelona, ocupa traidoramente su ciudadela, y sorprende el fuerte de Monjuich. Otras fuerzas penetran de una parte en S. Sebastián y de otra en el castillo de S. Fernando de Figueras, siempre con dolor, sin derramar una gota de sangre propia. A la sazón el príncipe de la Paz daba órdenes para que los últimos restos de las escuadras españolas, reunidos en Cartagena, pasasen á Tolón. Crecía la alarma. Desde la rendición de Barcelona en 1714, que es donde perecieron los restos de las antiguas franquicias, el pueblo español parecía haber perdido hasta el recuerdo de su dignidad y de su grandeza. Doblada la cerviz ante la voluntad tiránica de Felipe V., conquistado su afecto por los paternales actos de los reinados de Fernando VI y de Carlos III, no teniendo que deplorar por parte de Godoy, á pesar de su mala administración, ninguna medida sanguinaria, no había tenido motivo fuerte ni coyuntura para despertar de su profundo letargo. Pero lo que ahora pasaba en torno suyo era para inflamar la menor chispa que de su antiguo entusiasmo le hubiese quedado. Veía á unos soldados, en opinión común reputados invencibles, acudir á la traición y á la alevosía para apoderarse de un país amigo; veía á un valido presuntuoso, sin talento para conocer los designios del usurpador, y sin bríos para oponerse á la más negra perfidia; á un conquistador odioso,

que predicando la libertad de los pueblos iba borrando á paso de carga las nacionalidades de los pueblos, y amalgamándolas con la nacionalidad francesa. Acababa de destronar á la familia real de Nápoles, á la de Portugal, y se adelantaba ya contra la de España, creyendo que la obligaría á embarcarse para América á imitación de la casa de Braganza. El pueblo pasó de la alarma á la ira. Corrió la voz de que la familia real trataba de abandonar la península, y hacía para ello preparativos en Aranjuez. Sublévase este pueblo; los soldados no se oponen á su furor por que de él están también poseídos; allana la plebe la morada del valido y búscale por todas partes sediento de su sangre. El día siguiente, 18 de Marzo, publica Carlos el decreto de exoneración de su favorito, y el pueblo le aclama con entusiasmo. Enardecido contra el ministro, le odia, pero acata sumiso al monarca. Parecía haberse calmado la tormenta popular, cuando el 19, Godoy, á quien se había buscado inútilmente, fué descubierto en su misma casa. Cercáronle las tropas, antes que el pueblo tuviera tiempo de echarse sobre él, y le condujeron preso al cuartel entre los denuestos, injurias y escarnio de la muchedumbre. Avisado Carlos manda á Fernando que fuese á salvarle la vida. Su presencia contuvo á la multitud. Díjole el príncipe que le perdonaba la vida, á lo que preguntó el valido si era ya rey, y respondió el príncipe mozo que luego lo sería. Con lo que denotó que no había abandonado la idea de destronar á su padre. Retirado el pueblo, quedó encerrado Godoy en el cuartel de los guardias de corps, y el príncipe de Asturias volvió á palacio, en donde sus amigos, deseosos de sacar todo el partido posible de la conmoción popular, abultaban al monarca su peligro, y le instaban qu'abdicase en favor de su hijo. Viéndole vacilar, hicieron correr la voz de que el preso iba á ser conducido á Granada, con lo que se amotinó nuevamente el pueblo y destrozó un coche que casualmente ó de intento estaba parado delante del cuartel. Llenos de zozobra el rey y la reina, no por su

suerte sino por la vida de su amigo, consienten en la abdicación con la condición de que ningún daño se hará á su favorito, antes se le dejará libre. Tal vez es el único ejemplo que ofrece la historia; el de dos monarcas que se despojan del poder para salvar á un amigo desgraciado. Como hombre privado algunas prendas personales debía tener el que había cautivado dos corazones que tales muestras de afecto le daban. Día 19 de Marzo, á las siete de la noche, firmó Carlos su abdicación, fundándola en los achaques de que adolecía. Inútil es decir que en Madrid y en casi todas las poblaciones del reino produjo una fermentación increíble la noticia de los acontecimientos de Aranjuez. En muchas ciudades, reuuido el pueblo en la plaza pública, arrastró en estatua al favorito y después le echó al fuego dando alaridos. De esta suerte tuvo fin el reinado de Carlos IV, y más propiamente hablando el de D. Manuel Godoy. Carlos IV cazaba por la mañana, cazaba por la tarde, y Manuel gobernaba. La familia de éste era noble, pero pobre; nació el D. Manuel en Badajoz á 12 de Mayo de 1767. Dotado de una memoria feliz y de un entendimiento claro y despejado, enterábase fácilmente de los negocios; pero como su educación había sido descuidada, faltábale la solidez de principios necesaria para detenerse en alguna idea y adoptar un sistema fijo. Viendo que el déficit anual ascendía á unos trescientos cincuenta millones de reales, íbale cubriendo con el aumento progresivo de la deuda del estado. Creó vales reales por el valor de cerca de dos mil millones; contrajo en Holanda un empréstito de doscientos millones; con el tesoro público de Francia uno de treinta y dos; con el comercio de España, con los propios y pósitos del reino, con los gremios y con el banco de S. Carlos otros por más de doscientos setenta millones. Vendió obras pías por mil seiscientos cincuenta y tres millones: en suma gravó la deuda pública casi tres veces más de lo que juntos lo habían hecho Felipe V y Carlos III. Cuando bajó del poder, descoyuntada la

monarquía, presas sus escuadras del extranjero, y ocupadas por el mismo sus principales ciudades, puede decirse que no existía. El gobierno no había sido bastante á salvarla de su ruina. Quedaba la nación, que luego veremos de lo que fué capaz. (\*) No se necesitaba más para justificar en las colonias el movimiento de independencia, cuyos gérmenes fermentaban ya en toda la América latina, á impulsos de la revolución que conmovía á la América inglesa. Los colonos americanos que no tienen representantes en el parlamento británico, donde se votan los impuestos, libranse, por la insurrección, de las pretensiones de Inglaterra; dos grandes luchas ponen á un tiempo á prueba al gobierno inglés: definiéndose penosamente contra los americanos, que publican en 1776 su acta de independencia; y está empeñada en una larga guerra con Haider-Alí, rey de Mysore, el cual quiere impedirle que complete su imperio en las Indias. La cuestión americana llega á ser casi europea, hallándose todos los grandes Estados asociados indirectamente á ella. La guerra de América se extiende á todos los mares cuando España y Holanda se alían á Francia contra los ingleses. Todas las potencias comprometidas en la guerra de América hallan gloria, pero no utilidades. La caída del gabinete de lord North va seguida de la paz con los americanos, cuya independencia es reconocida, y Washington, el héroe de la guerra de independencia, es el primer presidente elegido por los Estados de la Unión en 1789.

La historia contemporánea, aun reduciéndose á los límites geográficos ó políticos de nuestra patria, no puede ser objeto de una reseña general como los periodos precedentes, ni tampoco bastaría un resumen detallado; se necesitarían continuos juicios críticos, y una apreciación moral más ó menos extensa, según el interés de los acontecimientos y la importancia de las personas que en ellos tomaron parte.

principal. En este período de cien años, que por sí solo tiene tanta latitud como todos los otros juntos, sólo podemos distinguir las principales fases del movimiento político y social de nuestra reciente nacionalidad. El resumen más condensado que podemos aquí ofrecer de este período es un artículo inserto en el Diccionario Etimológico de D. Roque Barcia, tomo tercero, en la palabra *México*. Mas para declinar toda responsabilidad, vamos á transcribir la nota biográfica que acerca de este autor publicó D. Nicolás María Serrano en su Diccionario Universal de la lengua Castellana; Ciencias y Artes; tomo II, Madrid: 1876; pag. 198, columna 3ª "*Barcia (D. Roque)* : *Biog.* Distinguióse por sus ideas antireligiosas y antisociales en las columnas del diario democrático *La Discusión* antes de 1868. Durante esta época revolucionaria fué uno de los más activos propagadores del federalismo rojo y sangriento, llegando á ser el mantenedor del espíritu infernal de los demagogos y asesinos de Alcoy y Cartagena. Ha publicado varias obras, algunas originales en extremo. Solicitó y obtuvo de doña Isabel II, antes del 68, alguna protección para la publicación de un "Diccionario de Sinónimos." La exageración de las ideas demagógicas ha extraviado de su camino á este laborioso escritor y excelente jefe de familia y amigo ejemplar."

Dice, pues, el Sr. Barcia en el lugar citado: . . . . "Desde la conquista de Hernán Cortés, México había permanecido tranquilo bajo el poder de los monarcas españoles, gobernado por virreyes; pero el advenimiento de José Bonaparte al trono de España, en 1808, dió origen á un conflicto entre los indios y los españoles: dos años después, germinaba la idea de independencia que ya se había manifestado en las demás colonias españolas. Cierta cura, llamado Hidalgo, se había puesto á la cabeza de un pequeño grupo de indígenas, que muy luego llegó á formar un ejército numeroso, enarboló el estandarte de la rebelión y se dirigió contra las tropas del soberano de España, apoderándose de Guanajuato

y saqueándolo; pero, batidos en diferentes encuentros, fueron reducidos á la obediencia en 1811, terminando aquella primera tentativa con la muerte de Hidalgo y la dispersión de los suyos. Los ensayos que con el mismo objeto intentaron, Morelos en 1815, y Mina en 1816, obtuvieron idénticos resultados. Las insurrecciones habían sido enérgicamente reprimidas; pero la idea de independencia existía latente en el país: en 1821, el coronel español Agustín Iturbide, acusado de exacción por el Gobierno, presentó la dimisión de su empleo y se puso al frente de los *independientes*: batió dos veces al virrey Apodaca, se apoderó de México, organizó un gobierno provisional, reunió Cortes y se hizo proclamar el emperador en 1822 bajo el nombre de Agustín I. Destituido este al año siguiente, Victoria, á la sazón presidente del Congreso, organizó, sobre el modelo de la Unión anglo-americana, los Estados Unidos mexicanos, cuya independencia quedó asegurada con la victoria de Tampico, alcanzada en 1829. La revolución había terminado: la nueva república formó alianzas con los Estados Unidos del Norte, Inglaterra y Colombia, y fué reconocida por el Papa. No bien México había conquistado su independencia, cuando se vió envuelto en continuas revoluciones y discordias intestinas que desgarraron al país. A Victoria sucedió Pedraza en 1828; el presidente Guerrero consiguió, en este mismo año, restablecer por un instante la calma; pero fué muy luego depuesto, fusilado y sustituido por Bustamante en 1829. En 1832, el general Santa Ana se insurreccionó en Veracruz y obtuvo la presidencia de la república, merced al apoyo que le prestará el partido democrático. La lucha entre los partidarios del sistema federativo y los de la república unitaria, quedó establecida; á las discordias civiles se unieron las sublevaciones militares y no se vieron desde entonces más que levantamientos provocados por los generales, que se disputaban el poder. En 1836, volvió Bustamante á alcanzar el gobierno: en 1838, con motivo de una diferencia entre Fran-

cia y los Estados Unidos mexicanos, bombardearon los franceses á San Juan de Ulúa y se apoderaron de Veracruz. Paredes obtuvo la presidencia de la república en 1841; Santa Ana se hizo proclamar dictador en 1843. El fanatismo de los mexicanos llegó al extremo de colocar en una urna y sobre la cúspide de un obelisco la pierna que el dictador perdiera en una batalla; pero llegada también para él la hora de la caída, los monumentos alzados en su honor, la confianza en su genio, su poderosa influencia, todo, en fin, quedó reducido á la nada, y su nombre fué confundido y olvidado entre los muchos que, desde entonces, habían sido objeto de entusiasmo, primero, y de odio, después, para la opinión del pueblo mexicano. A los frecuentes cambios de presidentes y de sistemas de gobierno siguieron más tarde nuevos desastres y el desmembramiento del territorio, la emancipación é incorporación de Texas á los Estados Unidos produjo una guerra entre éstos y México, el cual vió batidas sus tropas y tomadas Santa Fé, Matamoros, Monterrey, Tabasco, Tampico y hasta la capital misma por los ejércitos de la Unión. En virtud del tratado de Guadalupe, México tuvo que ceder á la confederación anglo-americana el territorio de la parte oriental del Río del Norte, la Nueva California y el Nuevo México. La desorganización del país alcanzaba su último extremo; las ciudades marítimas reformaron sus tarifas de aduanas sin consultar siquiera al poder central; las provincias del Norte eran devastadas por los indios é invadidas por los aventureros de todas las naciones; algunos Estados se declaraban independientes; la ruina de la Hacienda llegaba á su colmo, y los extranjeros se veían sometidos á las exacciones del Tesoro. Los años de 1854 y 1855 presenciaron la revolución de Acapulco, la expedición del conde Baoussset—Boulbon, una nueva dictadura y caída de Santa Ana, reelegido en Enero de 1855: Carrera reemplazó á Santa Ana en Agosto siguiente, el cual fué desposeído en Septiembre por Alvarez, quien, en Diciembre, declinó el cargo en favor de Comon-

fort. Este último se vió arrojado en Enero de 1858, ocupando Zuloaga la presidencia hasta Enero de 1859, en que fué sustituido por Miramón. Juárez había establecido, desde 1858, un *contra gobierno* en Veracruz, que aquel intentó en vano destruir y que ocasionó su caída: en Enero de 1861 era reconocido Juárez como único presidente de la república. Su conducta política con España, Inglaterra y Francia llevó á estas naciones, en Enero de 1862, á una intervención armada; en Abril siguiente se manifestaron algunos disenti- mientos entre los tres jefes, representantes de las potencias coaligadas, y la Francia quedó sola para mantener la intervención. El general Laurencez, jefe de las tropas francesas expedicionarias, fué derrotado delante de Puebla y sustituido luego por Forey, quien se apoderó de aquella población y ocupó á México en Mayo de 1863. Finalmente, en 1864 quedó establecido el imperio en favor de Maximiliano de Austria, el cual fué fusilado por Juárez en 1867.

*Resultas.*—A consecuencia de las profundas y continuas perturbaciones, que han hecho de esta República un país devorado por la anarquía, el país quedó reducido á un lastimoso estado de desconcierto y de miseria. Su fértil suelo se hallaba abandonado casi en absoluto, de tal manera que sus ciudades estaban separadas por páramos inmensos. Cuando el estado social de un país ha recibido tales heridas, inútil sería manifestar que las artes, las ciencias, la industria y el comercio no pueden alcanzar un periodo de conveniente desarrollo. Si ahora hablásemos del día de hoy, creemos que la suerte de México dista infinito de lo que fuera de desear.

En cuanto al porvenir, hacemos al cielo votos fervientes por que los horrores de la política esterilicen las maravillas de la creación, las cuales deberian hacer de México, el pueblo más rico, floreciente y hermoso del mundo. Todo consiste en que el hombre no mate lo que ha hecho la Providencia. Efectivamente, "la desgracia de México no es otra cosa que la rebeldía del hombre contra Dios."

Esta frase bastará por sí sola para desvanecer cualesquier cargos formulados ó por formular contra el doctor Sr. Barcia, y uniéndonos á él, debemos declarar aquí que creemos, con Vico en la dirección y el orden providencial, y admitimos además con Bossuet la progresiva tendencia de la humanidad hacia su perfeccionamiento; y que este compuesto admirable de pueblos y de naciones diferentes, de familias y de individuos, va haciendo su carrera por el espacio inmenso de los siglos; aunque á las veces parezca hacer alto, á las veces parezca retroceder, hasta cumplir el término de la vida. En esta marcha majestuosa, los individuos mueren y se renuevan como las plantas; las familias desaparecen para renovarse también; las sociedades se transforman, y de las ruinas de una sociedad que ha perecido nace y se levanta otra sociedad nueva. No de otro modo vamos á contemplar á la comunidad del Colegio de Guadalupe en el trabajo histórico, quizá superior á nuestras fuerzas, que hoy, confiados en el favor divino, emprendemos, y cuyas peripecias vienen á poner de bulto que, cada edad que pasa, cada transformación social que sucede, va dejando algo con que enriquecer la humanidad, que marcha adornada con los presentes de todas. Levántase á las veces el genio exterminador de la revolución, y el mundo presencia el espectáculo de instituciones que sucumben á su violento empuje; pero de esta catástrofe suele resultar ó la enseñanza de los pueblos, ó la creación de nuevas instituciones que sobrepujan á las que hubieron perecido, si ya no es que nace ó se nutre con ellas alguna verdad fecundante ó la conquista de alguna idea que aprovecha á la masa común del género humano. Así que los religiosos del Colegio de Guadalupe, cumpliendo su destino á fuer de religiosos franciscanos, representan un gran papel en nuestra historia, ya sea que se consideren sus misiones, ya su influjo político en la creación de las modernas instituciones nacionales, ya en fin en el constante espíritu de acción y de iniciativa que los distingue

no sin el pensamiento de señalar, en medio de un patriotismo sólido é ilustrado, "hasta donde puede llegar y en donde se detiene el espíritu democrático de los humildes hijos de S. Francisco de Asis; espíritu democrático puramente "afectivo", de amor y caridad infinita para los pequeños y los débiles y los ignorantes; de pobreza voluntaria que no anatematiza las riquezas ni las instituciones bancarias; de celibato que bendice el matrimonio; de humildad popular que venera las ciencias y las artes y todos los adelantos modernos; de igualdad espiritual regulada por la obediencia y la sumisión á las potestades superiores, no sólo en el orden puramente espiritual, sino aun en el temporal, de fraternidad universal, amando á todos los hombres como hermanos, cualesquiera que sean su procedencia, su rango, sus convicciones y perdonando de veras y para siempre á sus persiguidores; de libertad, en fin, para cooperar al bien procomunal en el tiempo y en la eternidad.

Hé aquí señalado á grandes rasgos el fin y objeto á donde la presente obra se encamina. Y aunque su asunto sea histórico, su carácter no puede ser más que netamente religioso, siendo su autor un sacerdote franciscano, á quien la religión que profesa y la gravedad del estado sacerdotal, le imponen el deber de la veracidad en sus narraciones y de la circunspección en sus palabras, de donde nace que naturalmente el método no podrá ser otro sino el que más conviene á los presentes tiempos, que es el rigurosamente científico, esto es, fundado en documentos las más veces originales y siempre irrecusables después de haber obtenido la doble sanción del tiempo y de la sana crítica, fruto de las discusiones de una lógica rigurosa, sin que valgan aquí esfuerzos de una acalorada fantasía, ni someras investigaciones, ni miradas tan sólo en un modo superficial y ligero, ni interpretaciones arbitrarias; porque producciones de ese género no les caen bien á los modernos críticos. Necesítanse hoy, tratándose de persuadir, las fuentes más puras y

originales, las historias fidedignas, los testigos presenciales y los documentos auténticos, añadiendo á todo esto la imparcialidad sincera y sin ficciones de todos buscada, de pocos seguida, de muchos estropeada y casi de ninguno admitida.

La imparcialidad, según los preceptistas, es la justicia aplicada á la historia. Merecerá título de imparcial quien llame las cosas por sus nombres propios, condenando el crimen y ensalzando las virtudes, sean altos ó bajos, compatriotas ó extranjeros los acreedores á las censuras ó las alabanzas. En los antiguos es rarísima esta cualidad: el griego y el romano unirán como bárbaros á cuantos son extraños á Grecia y Roma, tratando con menosprecio á las demás naciones, á veces sin haberse detenido siquiera para conocerlas y estudiarlas. Entre los modernos, son los historiadores franceses los que alcanzan menos crédito como imparciales, por el mal entendido amor patrio, que les lleva á desfigurar, suprimir ó negar ciertos hechos y á encomiar desmesuradamente otros, con la mira de enaltecer el esplendor y renombre de su país. Esto mismo debe decirse en México de los historiadores que alardean aprensiones anticlericales, no menos que de los detractores de todo lo que tiene alguna procedencia anglo-sajona: ambos extremos son, á nuestro modo de ver, igualmente censurables. Mas de poco le servirían al historiador todos los demás dotes si desfavorables circunstancias le impiden aprovecharlas, siguiendo solamente las inspiraciones de su conciencia. El temor á las persecuciones y violencias de un gobierno tiránico; la gratitud por los beneficios recibidos; los compromisos y pactos entre ciertas asociaciones; el compañerismo; el vivir con cierta dependencia de las personas cuyos hechos se narran, suelen ser motivos que coartan la libertad del historiador, haciéndole también atenuar, exagerar, suprimir ó desfigurar ciertas acciones por el respeto, la servidumbre, el miedo ó el agradecimiento que hacia aquellos se cree obligado á manifestar en sus escritos.

No insistiremos demasiado en la libertad y completa independencia de que creemos estar en posesión al emprender el presente trabajo; y si solamente haremos notar que, como escritores católicos, nos ceñiremos invariablemente á la gran máxima de San Agustín, formulada así: *In necessariis, unitas; in dubiis, libertas; in omnibus charitas*. Y pasando á hablar de la forma que hemos creído conveniente dar á nuestra composición, aunque en las órdenes religiosas la costumbre introducida para conservar los sucesos memorables á ellas concerniente, es la de hacerlo por medio de *crónicas*, la circunstancia de ser siempre oficial el empleo de cronista, puesto que es uno de los oficios asignados en las elecciones y nombramientos capitulares, influiría desfavorablemente para la imparcialidad histórica en los tiempos que alcanzamos, fuera de que no hemos recibido encargo alguno ni comisión para la ejecución de la presente labor, sino que espontáneamente hemos acometido la empresa, árdua por cierto, de ordenar de algún modo y dar á la luz pública el rico y abundante material de que podemos disponer, dándole la modesta forma de *memorias* que conviene á la relación de los acontecimientos en que el mismo narrador ha sido parte activa ó de los cuales ha sido por lo menos testigo, en la persuasión de que este género de trabajos, más bien que verdaderas historias, son en realidad materiales y datos para escribir una historia general de nuestra nación, que sirva á su vez para la historia universal de la humanidad; no de otra suerte, dice un acreditado preceptista, que los arroyos acrecientan con sus aguas los ríos, y estos llevan sus caudales al grande Océano.

«Escribir los hechos heroicos, prosigue el mismo autor, así como los grandes crímenes, cualquiera que sea su procedencia; los unos para que sirvan de honroso estímulo, de saludable escarmiento los otros; manifestar los ocultos gérmenes de vigor y flaqueza en instituciones y pueblos, los resortes que impulsan el movimiento del organismo social,

presentando el espectáculo asombroso y nunca bastante meditado de la humanidad, siempre en peregrinación hacia un ideal que camina precediendo siempre sus pasos y que jamás llegará á alcanzar ni logrará realizarlo por entero, tal es la tarea verdaderamente gigantesca de la historia; tal es el peso abrumador con que cargan sus hombros cuantos se deciden á emprender su relato y llevarlo á digno término. Pero inútiles serían sus esfuerzos generosos, si otros más modestos artífices no les proporcionaran materiales adecuados para obra tan colosal, facilitándoles documentos con que conocer y apreciar en su justo valor hombres, sucesos, épocas y civilizaciones. Estos modestos artífices son los narradores de sucesos particulares, de períodos determinados; los biógrafos, especialistas y escritores de memorias. Ellos, muchas veces testigos oculares, y casi siempre contemporáneos de los hechos que refieren, saben presentarlos con ese vivo y verdadero colorido que en vano buscaríamos en otra clase de obras; descubren pormenores en alto grado interesantes para poner de relieve un carácter entero, la causa oculta de algún suceso ruidoso y decisivo, ó la atenuación y aun disculpa de acciones en apariencia censurables; por último, conocen mejor las partes, aunque frecuentemente no alcancen á dominar el conjunto. Les acontece en el terreno de la historia lo que en el campo de batalla al oficial y al soldado; también estos conocen muchos pormenores; mas el vasto panorama del combate sólo está reservado al general, que puede contemplar sereno desde una altura, todas las alternativas, y hasta prevenir su desenlace y sus futuras consecuencias.

Por nuestra parte terminaremos aquí diciendo, que, en cumplimiento de lo preceptuado por el Papa Urbano VIII, debemos declarar, que al juzgar ó referir fenómenos maravillosos, como milagros y relaciones, y á los títulos que damos de santos, justos y siervos de Dios á algunos religiosos ó á otras personas eclesiásticas no canonizadas, no preten-

demos prevenir el juicio de la Santa Sede Apostólica, cuyas decisiones acatamos y veneramos con la sumisión de hijos humildes de la Santa Iglesia Romana, sujetándonos en todo á su indeclinable fallo.

Item más: si en el transcurso de la obra alguna frase ó palabra apareciere contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

